

EL CAPITÁN GENERAL
MARQUÉS DE LA ROMANA
(1761-1811)

ANDRÉS CASSINELLO PÉREZ



EL CAPITÁN GENERAL
MARQUÉS DE LA ROMANA
(1761 - 1811)

ANDRÉS CASSINELLO PÉREZ



DOCE
CALLES



SUMARIO

PRESENTACIÓN	9
<i>Diego de Acázar Silvela</i>	

PRÓLOGO	11
<i>Hugo O'Donnell y Duque de Estrada</i>	

INTRODUCCIÓN	19
--------------------	----

I. AÑOS DE FORMACIÓN

1. PRIMEROS PASOS	27
-------------------------	----

2. LA GUERRA CONTRA LA CONVENCIÓN FRANCESA	35
--	----

3. EL INTENTO DE RECONQUISTA DE LA ISLA DE MENORCA	49
--	----

II. AL FRENTE DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN DINAMARCA

4. SU ESTANCIA	57
----------------------	----

5. LA PREPARACIÓN DEL REGRESO Y LLEGADA A ESPAÑA	65
--	----

III. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

6. LEÓN	95
---------------	----

7. GALICIA	137
------------------	-----

8. EN LA JUNTA CENTRAL	265
------------------------------	-----

9. EL MANDO DEL EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA EN EXTREMADURA	287
---	-----

IV. ESTRATEGIA MILITAR

10. EL PENSAMIENTO MILITAR DEL MARQUÉS DE LA ROMANA A TRAVÉS MEMORIAL MILITAR Y PATRIÓTICO DEL EJÉRCITO DE IZQUIERDA	371
11. EL INFORME CALATRAVA	395

EPÍLOGO

12. PEDRO CARO SUREDA: EL HOMBRE Y EL SOLDADO	417
---	-----

ANEXOS

1. LA PREPARACIÓN DEL REGRESO Y LLEGADA A ESPAÑA	427
2. LEÓN	431
3. EXTREMADURA	439
FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA	447
ÍNDICE	453

PRESENTACIÓN

Hacer una nota introductoria al libro que el General Cassinello ha realizado con la biografía militar del tercer Marqués de la Romana, constituye un honor que sólo mi posición como descendiente de aquél Marqués me permite. Como Marqués de la Romana y Presidente de la Fundación Instituto de Empresa-Marqués de la Romana, quiero poner en su consideración la satisfacción que nos produce ofrecer, a quienes puedan estar interesados, en una biografía militar inteligente y documentada del reembarco de las tropas españolas estacionadas en Dinamarca a los navíos ingleses para su posterior traslado a España; de la guerra peculiar que tiene que hacer el General en la Península con los ejércitos a él encomendados, y ,en fin, de las vicisitudes políticas que afectaron profundamente a los ejércitos durante este tiempo.

La personalidad del Teniente General Cassinello, militar brillante y renombrado con una mítica capacidad de trabajo, le ha permitido analizar minuciosamente la biografía militar del Marqués de la Romana. Para mí, el tener contacto con el General Cassinello durante la realización de esta obra, me ha dado la oportunidad de conocer y profundizar en el trato de un militar español, muy conocido, que aporta con su personalidad, seriedad, capacidad de trabajo, rigor y un respeto admirable por los hechos de nuestra historia. El General Cassinello se adentra en las maniobras de los ejércitos al mando del Marqués de la Romana cuando están destinados en Dinamarca, auxiliando al ejército francés, y tienen, mediante peripecias notables, que enfrentarse a dicho, hasta entonces aliado, y reembarcar con el mayor número de soldados y enseres. Es el tiempo de la astucia, de las dobles palabras, de las maniobras militares evasivas que conducen a las tropas españolas de la cooperación al enfrentamiento, pero con el menor número de pérdidas posibles.

Posteriormente, después de que las tropas logren en su mayoría reintegrarse a España y participar en el esfuerzo común para liberar el territorio de las tropas francesas, —especialmente en Extremadura, Castilla, Galicia y Asturias— el General Cassinello describe la participación de esas fuerzas en la guerra de la Independencia, que es profundamente diferente de lo que han tenido que hacer en Dinamarca. Unidas al ejército regular, a las guerrillas y a las milicias levantadas por las diferentes Juntas territoriales, las tropas al mando del Marqués de la Romana tienen que hacer otras cosas.

Describe sus maniobras, sus huidas para no tener que enfrentarse con ejércitos más numerosos y mucho mejor dotados; sus tácticas de dispersión y distracción.

Son sus descripciones las de un experto observador desde la distancia. Pero nos está abriendo la posición privilegiada de un conocedor de la guerra y nos está ofreciendo su narración en apariencia neutral sobre lo que es necesario hacer adaptándose a las posibilidades en cada ocasión, explicándonos una guerra diferente a la que conocemos y describiendo como el Marqués de la Romana que dirigía en Dinamarca un cuerpo Español expedicionario de élite se tiene que acomodar a los pocos recursos que ponen a su disposición desde la dirección política de la guerra. Y nos cuenta cómo hay una manera de hacer la guerra con éxito, aunque suponga no hacer frente a un enemigo en el campo de batalla debido a la inferioridad o la oportunidad estratégica o táctica; que la retirada en algunas ocasiones, es una forma de victoria que sólo los grandes militares pueden acometer en aras de un objetivo final. Nos pone delante el día a día de los ejércitos, de las penurias económicas, de las dificultades de la intendencia y sobre todo nos deja darnos cuenta de la capacidad de los jefes para no conducir a sus tropas al matadero y conservarlas para cuando la ocasión sea favorable, en contra de mucha teoría del valor suicida, y también, de las grandes capacidades que supone hacer movimientos parecidos a los de la guerrilla con grandes ejércitos.

Son éstas las reflexiones que la lectura del libro del General Cassinello me ha suscitado. Estoy seguro que a otros lectores les ofrecerá otras interesantísimas conclusiones. En cualquier caso ha sido un privilegio tratar al autor y hacer esta pequeña introducción a la obra.

Quiero agradecer no sólo al General Cassinello su magnífica obra sobre mi antecesor sino también a las personas que han ayudado y que hacen posible esta obra: Ana del Alcázar, hermana y descendiente del mismo Marqués; Juan Claudio de Ramón; Aurelio Delgado; Rafael Salaberri; Rafael Puyol y el editor Pedro M. Sánchez de Ediciones Doce Calles.

DIEGO DEL ALCÁZAR SILVELA
Marqués de la Romana

PRÓLOGO

CONSIDERACIONES EN TORNO A UN PERSONAJE Y A UNA OBRA

De una celebridad del relieve de Pedro Caro y Sureda, III marqués de la Romana, disponemos de diversas biografías y de multitud de semblanzas de menor entidad y de referencias, tanto contemporáneas a los hechos que protagonizó, como posteriores. No podía ser de otra forma, ya que nos referimos a alguien que como «marqués de la Romana», sin adiciones ni ordinales, ha pasado al conocimiento popular vinculado siempre y prácticamente en exclusiva a su gesta danesa. Símbolo y acicate de superación de obstáculos ante la llamada angustiosa de una patria lejana sólo en el espacio.

Notabilísima figura a la que me siento vinculado, no sólo por ser el séptimo abuelo de mis hijos, sino por su relación con los cuatro hermanos O'Donnell d'Anhetan que desempeñaron un destacado papel en la Guerra de la Independencia y resto del reinado de Fernando VII. De ellos, José, le fue el más allegado; su ayudante en Dinamarca y su hombre de confianza hasta para disolver la junta Asturiana; de «confidente, amigo, secretario y uno de sus principales seguidores» le califica la obra que ahora se presenta. Alejandro O'Donnell parece por su parte su émulo menor, repatriando su regimiento de la campaña de Rusia; Carlos, mi cuarto abuelo, mandó una de sus dos divisiones extremeñas y Enrique, conde La Bisbal, fue su oponente político ocasional en alguna de las incursiones de ambos en este campo.

La trayectoria militar de don Pedro Caro —«caro Pedro»— para alguno de sus amigos y corresponsales, es la de una carrera dirigida, puestas todas las esperanzas en alguien que por su cuna y sus cualidades, destacaba y prometía, dentro del abortado proceso regenerador del Antiguo Régimen que admitía al meritorio sin por ello renunciar a lo tradicional y ejemplar. Savia nueva y raíces profundas debían vigorizar un árbol venerable, sin excluirse.

Tras la culminación brillante de unos estudios primarios y probado su espíritu y vocación militares, a la par que su sólida formación humanística «europea», su «*cursus honorum*» sorprende. Durante los primeros años de su desempeño como marino, de 1780 a 1783, obtiene, año tras año, hasta cuatro promociones seguidas. Extraordinario resultado para alguien sin más relación naval que unos remotos ancestros mallorquines y un padre que, de joven, había vestido el uniforme del ancla coronada.

Es el momento tal vez de plantearnos por qué se escogió para él encauzar su amor a las armas, compartido por el de las letras, a través de la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas. Decisión que considero paterna y extendida a su hermano José, tomada al calor de un embarque en el emblemático jabeque de Antonio Barceló, en la jornada contra Argel, que le hizo recordar al en ese momento mariscal de campo su propia juventud de «caballere». Es sólo una suposición nostálgica. Más base tuviera suponer una preferencia por un centro de formación bajo el criterio, nada menos, que de Jorge Juan.

La coincidencia en el embarque del II marqués de la Romana y de Barceló, el talento natural mallorquín, da que pensar. El meritorio advenedizo y el linajudo ejemplar, unidos en un afán de servicio que costaría la vida a don Pedro Caro y Maza de Lizana, ese mismo fatídico año de 1775.

Venturoso lo fue el de 1781, en que el alférez de navío Caro llevó a la Corte, de jornada en El Escorial, la noticia de haberse rendido a las armas del Rey la plaza y castillo de San Felipe de Mahón. Se le escogió por algo; probablemente por la misma razón que lo fuera don Lope de Figueroa para transmitir la victoria de Lepanto a Felipe II, en ese mismo real sitio y doscientos diez años antes: por ser de los representantes más «granados» de la empresa y más gratos de los monarcas. En consecuencia, fue, como aquél, recompensado, en este caso con el ascenso al último grado que habría de ostentar como oficial de la armada naval: el de teniente de fragata.

En este empleo participó, acto seguido, en el ataque a Gibraltar de 13 de septiembre del año siguiente, a bordo de la batería flotante de dos puentes «Pastora» que montaba el comandante general don Buenaventura Moreno, de quien era ayudante, como prueba el testimonio de excepción de un amigo del «Marquesito», el bibliófilo Francisco Pérez Bayer. Este erudito clérigo refirió en un relato de viajes, una de cuyas copias se conserva en la Academia de la Historia, que estaba destinado a la dotación de este ingenio, de igual manera que su tío Ventura, pese a su condición de alto mando del Ejército, habría de embarcar en una de las fragatas, y su hermano José «Don Pepe», alférez de fragata a la sazón, se integraría en la del gigantesco navío *Santísima Trinidad*. Relata el cualificado testigo que había corrido por Algeciras y de una a otra parte del campamento español el infundio de que Caro había muerto en la explosión que su flotante había sufrido, o bien prendiendo fuego a aquellas otras embarcaciones que se encontraban intactas con el objetivo de que no cayeran en manos británicas. Tres y dos días después respectivamente de las entradas en acción de la «Pastora» (15 de septiembre de 1782), se sorprende gratamente de volverlo a encontrar, sano y salvo, en el campamento: «(...) Tuve mucho gusto de verlo y de saber que, ni en la función de antes de ayer tarde, ni de ayer mañana contra la Punta de Europa (en que el marqués se halló con su jefe, D. Ventura Moreno en el navío comandante)

hubiese experimentado desgracia, ni trabajo alguno. Di a Dios muchas gracias, y me congratulé muy de veras con el marqués.»¹.

El doble paréntesis de licencias valencianas y de viajes por el extranjero que siguieron a su principal actividad marítima le convirtieron en el «hombre de mundo» y el ilustrado paradigmático. En las cortes de la Europa, se codeó con lo mejor y en Valencia formó su extraordinaria biblioteca en la que los clásicos ocuparon un lugar distinguido.

«Ruidos de guerra» le devolvieron a su actividad preferente, pero esta vez en el arma de Infantería, donde podía emplearse con mayor utilidad. Con este motivo le llueve una nueva catarata de ascensos y al antiguo capitán de fragata, convertido en teniente coronel, se le gradúa de coronel y se le concede patente de brigadier con seis días de diferencia, bajo la supervisión y órdenes de su tío, don Ventura, al que podemos considerar su mentor militar.

La ocasión de ascenderle a mariscal de campo la proporcionó, en 1794, la guerra contra la Convención que, al año siguiente, le convertía en teniente general para los quince años restantes de vida y actividad.

Fue, sin duda la suya, una carrera dirigida, programada, en la que se acortaron los plazos y se postergaron las antigüedades de otros, porque primaba una apuesta sobre su persona que nunca se vio contestada y que nunca defraudó. En él se reunían todas las cualidades y «calidades» que un siglo, a punto de fenecer o ya fenecido, podía ofrecer.

Romana lo fue todo. Si la prosapia y servicios del linaje se tomaban en cuenta para el ingreso en cualquier institución relevante, él pudo presentar «sumarias» de nobleza que, de no haberlo sido, hubieran llenado tomos. El título nobiliario heredado en circunstancias beneméritas a la temprana edad de quince años, y que hizo que sus compañeros de armas le llamaran «el marquesito», no era sino una hipotética garantía que venía a consolidar una trayectoria de servicios que los Caro remontaban a los conquistadores de Mallorca en 1229 y de Valencia en 1238. Linaje llevado con gran dignidad hasta los días de Pedro por su abuelo, el primer titular de La Romana, clavero de Alcántara; su heroico padre, mariscal de campo de los reales ejércitos y director de la Academia de San Carlos de Valencia y sus tíos Carlos, Pascual, José y Ventura, todos caballeros de hábito, los mayores del orden de Nuestra Señora de Montesa y de San Jorge de Alfama y los más pequeños de la religión de San Juan, en la que también militarían sus hermanos José y Juan Caro Sureda.

¹ Recogido por Giraud, Albert: «Le grand Siègne de Gibraltar de 1782 vu par un témoin». *Bulletin Hispanique* (1912), vol. 14, nº 14-2, p. 158.

Nadie podía ufanarse de mallorquina de pura cepa ante la madre de don Pedro. Lo era por Sureda, oriundos del Rosellón y agraciados por Jaime I tras la conquista mallorquina; lo era por Valero, asentados en la isla desde mediados del siglo XV; lo era por Fortuyn, descendientes de Fortunes de Sobrarbe, sanjuanistas los más y de los que Jorge, bailío de Mallorca, tesorero de la Orden, sería conocido como «*Fortunio il Iusto*», defensor de San Telmo durante el gran asedio de 1565 y desdentado de un arcabuzazo en consecuencia, exitoso capitán de sus galeras. Lo eran también los Togados desde que un Arnaldo de ese nombre colaborara en la conquista, siendo agraciado con la caballería de Ayamans. La lealtad borbónica de todos ellos, al igual que la de los Caro, había resultado patente durante la Guerra de Sucesión, avencindados en Palma, como en un enclave inmerso en el mundo catalano-aragonés de obediencia austracista.

De la formación humanística y científica de Pedro Caro cabe afirmar que fue lo más completa y esmerada posible. Su propia casa fue un núcleo cultural en el que al padre, ingeniero notable, le cupo lo científico y a la madre lo literario. Los varones recibieron una educación pre-militar especial, y las hijas no fueron preteridas ni en ciencias ni en letras. Reconocemos hoy en día a su hermana María Pascuala, siete años más joven que él y que se doctoraría en Filosofía y llegaría a enseñar además otras disciplinas como Física y Matemáticas, como una precursora del conocimiento científico femenino a nivel mundial. Una calle de su Palma natal la recuerda.

Las lenguas se practicaban también en casa; en el número de las dominadas superaría también esta última al «hereu», ya que al dominio de las vivas sumaría el griego, el latín y el árabe. Y ella no tuvo la oportunidad de viajar... Los preceptores contribuirían al ilustradísimo resultado de unos jóvenes precoces y con ansia de saber. Entre los de Pedro, alguno de sus biógrafos incluye al que llegaría a ser ilustre botánico Antonio José de Cavanilles que también fuera en su juventud ayo de la casa del Infantado.

En el mundo cultural Francia marca la pauta y por lo que se refiere a la docencia, los padres Oratorianos —«L'Oratoire de France»— han aprovechado la expulsión de los Jesuitas en 1763, para ocupar su puesto preeminente en la enseñanza de la élite noble y burguesa del Reino. En Lyon, han heredado de aquéllos la fama y el soberbio edificio de La Trinité con su excepcional biblioteca.

Son unos auténticos innovadores de carácter abierto, que, fieles a su divisa «*Entre qui peut, sort qui veut*», practican una docencia liberal que merecería la aprobación de Voltaire e inspiraría a los monárquicos constitucionalistas. Sus métodos para modernizar la enseñanza en la que la Historia, las literaturas vernáculas y las ciencias físicas pasan a ocupar el lugar que les corresponde, les han puesto de moda entre las elites europeas que pueden asumir el gasto. Entre todos y por encima del parisino de la rue St. Honoré, destacaba La Trinité, donde, un año antes del ingreso de Pedro Caro, había tenido lugar la célebre disertación de Aimée de La Roche: «De l'Apologue ou de

la Fable», un ejercicio literario que marcó toda una época. Donde en años sucesivos se traduciría y publicaría también lo más actual sobre navegación, construcción y táctica naval, de las producciones de Romme y de Chapman.

Ya sabemos dónde se afianzan la pasión por la literatura antigua y los conocimientos navales del futuro marino; lo que nos ayuda a comprender actuaciones y situaciones del porvenir.

El autor de esta espléndida biografía militar nos habla de esos conocimientos de arte, compartidos con el diplomático inglés John Hookan Frère en 1804 y que servirían en Nyborg para identificar como auténtico al agente Robertson, encargado de atraerse al Marqués a la causa patriota. Otros mencionan un pasaje del Mío Cid sobre el que ambos habrían polemizado como paleógrafos aficionados o simples diletantes; aquél en el que su yerno don Fernando manifiesta su ambición ante el Campeador: «Aun vea el ora q. vos meresca dos ta.to» (aún vea la hora que reciba el doble de vos). En cualquier caso hablaron de cultura compartida por el militar cultivado y aquel precursor de «hispanistas», porque ambos creían en el ideal ilustrado de conocimiento sin fronteras ni nacionalismos.

A su prosapia y formación podía añadir el III marqués de La Romana un cuantioso patrimonio con el que llevar su nombre con lucimiento. Integrado por bienes raíces y derechos generales y forales como censos, alodios y caballerías, estaba localizado preferentemente en Levante, heredado de los Caro y de los Maza de Lizana por varonía, y en Mallorca, legado materno de los Sureda-Valero.

Su tío D. Pascual Caro, un «ilustrado» agrario, administró un tiempo sus propiedades rústicas en Orihuela, en Elche y en Moixent, con un criterio modélico, dotándolas de nuevos métodos racionales de producción, especialmente de mejoras hidráulicas que alabó el citado Cavanilles. Buen número de mayordomos, capataces, mayoresales y rabadanes, atendían las órdenes de administradores menores.

Hemos trazado el retrato del gran señor que la Corona deseaba potenciar, facilitando esa carrera «privilegiada». Es la figura a la que corresponden las notables andanzas bélicas sobre las que, reunidas en tres bloques, versa la presente obra.



No nos encontramos ahora ante otra biografía más, sino ante el esfuerzo más completo y exitoso de cuantos se han emprendido respecto a la azarosa vida militar del Marqués que, como señala el autor, no puede constreñirse a un verano de 1808 y que se manifiesta en una trayectoria vocacional de más de treinta años de servicio y de constante y logrado deseo de «lucir en las ocasiones».

Ninguno mejor para glosar esta personalidad singular que otro militar como él, historiador consagrado, ducho en los grandes y pequeños avatares de esa guerra 1808-

1814 que fue a la vez guerra y revolución, como señalara Toreno y que no tuvo más de heroicidad que de miseria, circunstancia que puede predicarse de casi todas, pero que parece especialmente paradigmática cuando se predica de nuestra mal llamada Guerra de la Independencia.

Nunca hasta ahora se había consultado y contrastado tan enorme volumen documental de procedencia tan diversa. Nadie hasta ahora se había atrevido a estructurar semejante cantidad de cartas, informes, directivas de operaciones, información obtenida y meros oficios, que en sí mismos poco dicen al profano y que son sin embargo piezas del gran rompecabezas del pensamiento, reflexión y actuación del militar español más completo de las postrimerías de un siglo y el advenimiento de otro en el que las peores pesadillas de la etapa anterior se harían realidad.

En el momento en el que el teniente general don Andrés Cassinello consideró oportuno dar fin a la titánica tarea de interpretar, ordenar y colocar en el trasunto intelectual de lo que sería su obra final el resultado, en el salto de la concepción a la redacción, crucial para un autor, tomó una decisión que considero extremadamente acertada. Cada documento tiene su personalidad y su mensaje, pero en una obra de estas características sólo unos pocos pueden ser referidos y considerados como auténticos referentes. Para su mera transcripción, bastan las publicaciones de colecciones documentales temáticas.

El autor optó por que fueran los propios documentos, parcial y en alguna ocasión totalmente, inmersos en el texto o como apéndices, los que hablasen por sí mismos; que fuese su autoridad y no la de él, la determinante en la misión final y honrada de una obra histórica: modelar la opinión del lector avisado. Por ello puso el énfasis en una esmerada selección, sin caer en el mero documentalismo y sin eliminar su obligada exposición crítica ni ocultar su criterio que también se podía manifestar sin imponer. La obra es, ante todo, una concatenación de hechos documentados que constituyen una unidad argumental, novedosa y decididamente reveladora. Dispone, naturalmente de una oportuna «puesta en escena» en forma de marco ambiental, reducido a lo necesario en lo temporal y en lo personal, para la correcta interpretación de la información fehaciente. Un resumen que revela un gran conocimiento de la época.

Los datos novedosos son numerosísimos. En ocasiones parecen menores y acaban por resultar fundamentales. En el documento anexo que reproduce el acta de la sesión de la Junta de Asturias de 2 de mayo de 1809 transcribe el oficio dirigido por el General al «Excmo. Sr. Presidente y Vocales de la Suprema (tachado Suprema) Junta Superior de Armamento y Defensa de el Principado de Asturias», una mera tachadura encierra toda una manera de pensar que tendrá gran trascendencia política y que dará lugar a ríos de tinta contemporáneos y posteriores.

En la representación a la Suprema (sin tachadura) Junta Central, que constituye su aportación más significada de su corta etapa de diputado, se revela Caro Pedro Sureda en lo que es, un hombre del Antiguo Régimen para quien la soberanía no reside en el Pueblo, sino en el Rey, por lo que su representación no puede ser multitudinaria. El análisis que de ello realiza el autor resulta esclarecedor.

A las acciones de guerra se enfoca lo principal del libro y esta parte se cierra con un análisis en extenso del pensamiento militar del personaje, basado también en su legado escrito, del que lo principal puede sintetizarse en la sentencia de Cassinello: «(...) tener conciencia de la propia debilidad no es cobardía, es un aspecto de la racionalización de la acción del Mando y obrar en consecuencia de lo que la razón aconseje, aunque haya de embridarse el corazón». El Siglo de las Luces podría estar dispuesto a «embridarse», el Romanticismo no. ¡Cuánto hubo de demagogia, de partidismo, de localismo!. La abnegada figura estudiada aquí sigue siendo objeto de alguna controversia. Sólo lo más pintoresco, su escapada danesa –anecdótico en toda una trayectoria– parece salvarse. Juntas y junteros de ayer, política y políticos de ayer y de hoy, no fueron ni son sus jueces ideales.

En campaña, para quienes pretendían organizar, deshacer, mover y pertrechar ejércitos con mero papel y necesitaban ofrecer a sus flamantes conciudadanos gaditanos brillantes victorias que atribuir a su gestión, todo fueron reticencias que añadir a las restricciones. Castaños se consideraba un «Job forzado», pero el verdadero Job de la Guerra de la Independencia lo fue Romana, como se demuestra en tantas ocasiones en este libro. Para la mentalidad legalista de Jovellanos, su único opositor de verdadero mérito, que no su enemigo, su actuación «antiasturiana» de 1809, fue imperdonable. Como quiera que abundan –por fortuna– los «jovellanistas» y no conozco –por desgracia– ningún «romanista» de mérito, aparte de don Andrés Cassinello, el triunfo de la primera opción ha sido avasallador y casi generalizado. Resulta paradójico, porque uno y otro próceres, pese a sus discrepancias, son los últimos representantes, cada cual en su campo, de un renacimiento al que el destino no permitió fructificar y que consideraba la virtud como premio de sí misma, como Séneca y aquellos clásicos que ambos también admiraron tanto. Ni «*Jovino*», ni Romana, como tampoco su legado, sobrevivieron a la «Guerra y Revolución de España», pero nadie podrá expulsarles del Elíseo de los inmortales.

HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA

Duque de Tetuán

De la Real Academia de la Historia

INTRODUCCIÓN

Acometer el apasionante empeño de escribir una biografía de Don Pedro Caro Sureda, III Marqués de la Romana, supone hundirse en un mar de dificultades. En primer lugar, todos sus biógrafos, incluido el excelente trabajo de Magnus Mörner, como otros no tan buenos, se encuentran aplastados por el peso del relato de su salida de Dinamarca al frente de la División española y su incorporación al empeño común que llamamos Guerra de la Independencia. Este hecho, de por sí, sería bastante para agigantar su figura ante nosotros, para llenar y dar sentido a una vida entera.

Pero no se trata de eso. Su participación en la ocupación de Menorca en 1781; en las baterías flotantes frente a Gibraltar en 1782; en la Guerra contra la Convención de 1793 a 1795, en la que ascendió por méritos de guerra de Brigadier a Teniente General; y su posterior mando del Ejército de la Izquierda entre noviembre de 1808 y su fallecimiento en Cartaxo en enero de 1811, con un breve intervalo de septiembre de 1809 a febrero de 1810, en el que se incorporó como Diputado por Valencia a la Junta Central, constituyen también páginas gloriosas capaces de llenar la biografía de cualquier personaje de nuestra Historia.

No es fácil consumir este empeño. Los datos de la vida de Don Pedro se encuentran dispersos en los distintos archivos militares y civiles españoles, y la confrontación de unos documentos con otros no da la imagen de continuidad deseada. Investigar es andar a saltos, tratar de enlazar lo que se encuentra en Simancas con lo hallado en las diversas colecciones del Archivo Histórico Nacional, en los Archivos Militares y Navales de Madrid, Viso del Marqués y Segovia, o los que pertenecen al archivo familiar del Marqués de la Romana, puestos gentilmente a mi disposición por sus descendientes para este empeño.

Ese archivo familiar se encuentra reunido en 36 CD, con cerca de 200 documentos en cada uno de ellos. Un archivo rico en datos, carente de orden cronológico o temático, que comprende desde los partes de los oficiales que mandan las vanguardias en contacto con el enemigo a pesadísimos memoriales dirigidos al Marqués de la Romana por autoridades locales y eclesiásticas, frailes y militares quejosos de su situación. Destacaría en este tema la correspondencia interceptada en zona enemiga por guerrilleros y espías españoles, que remitían a Don Pedro Caro noticias de los movimientos de tropas, disposiciones de las autoridades afrancesadas, cartas particulares y correspondencia administrativa del Ejército francés, que evidencia su contacto estrecho con los guerrilleros. También su correspondencia con las autoridades españolas

y con algunos de los Generales de nuestros Ejércitos, empezando con Castaños, cuyas cartas siempre comienzan en inglés con un cariñoso «*My dear General and old friend*», aunque continúen en castellano.

Los intentos oficiales para recoger sus datos biográficos empezaron bien pronto. El 11 de mayo de 1819, la Marquesa viuda de La Romana, desde Madrid, escribía a Don Francisco Dionisio Vives:

Paso a manos de V.S. los adjuntos documentos pertenecientes a las campañas de mi difunto marido el Marqués de la Romana, que me han remitido del archivo de Mallorca; las cuales, aunque no tratan precisamente de los acontecimientos del Norte, al menos dan algunas noticias sobre varias acciones, de las cuales le dieron parte al Marqués, aunque no detalladas para su noticia, después de su llegada de dicha expedición del Norte, y sucesivamente hasta que falleció. De estas no se puede formar un diario arreglado, porque sólo son partes y oficios en globo de Generales de División, y algunos comandantes de partidas particulares, sin detalle alguno.

Por hacer de V.S. toda la confianza que se merece, le incluyo igualmente alguna carta de lord Wellington y de algunos otros Generales ingleses y portugueses; en una palabra, van incluso todos los documentos que me han remitido, omitiendo únicamente las cartas de amistad y de familia, que estas no interesan al caso.

Celebraré que V.S. haga el uso conveniente, y que pueda sacar de ellos la utilidad que me propuso en su oficio.

Los intentos no cesaron. El 20 de abril de 1894, el entonces Marqués de la Romana, bisnieto del sujeto de nuestra biografía, se dirigía al Ministro de la Guerra en los siguientes términos:

El Marqués de la Romana, vecino de esta Corte, con cédula personal de 1.^a clase expedida en Madrid con el n.º 17.167 y fecha 12 de Septiembre de 1893, a V.E. atentamente expone: Que a petición del Depósito de la Guerra y para escribir la historia militar de la que tuvo España contra las armas francesas de 1808 a 1814, entregó a la Capitanía General de las Islas Baleares en 20 de Mayo y 1.º de Agosto de 1863; 24 de Junio, 23 de Agosto y 10 de Diciembre del 64, y 31 de Enero del 65; y en Madrid al citado Depósito de la Guerra en 26 de Mayo del 63 y 17 y 25 de Febrero del 65, una crecida cantidad de documentos de su archivo, pertenecientes a la citada época que hoy se hallan reunidos en el Ministerio de su digno cargo. Es de suponer, y así lo cree el exponente, que el largo espacio transcurrido desde que se entregaron al Ramo de la Guerra hasta hoy, se han extractado y aprovechado todos los datos que contienen para la obra citada, y como en este caso ya no son necesarios al Ministerio y desea conservarlos el interesado en su

archivo como prueba de los muchos y relevantes servicios que en aquella época prestó su bisabuelo el entonces Marqués de la Romana.

SUPLICA a V.E. se sirva mandar que se le entreguen todos los citados documentos, sirviendo de base para la entrega los resguardos que se le dieron y a cuyo fin firmara el recibo.

Habían transcurrido treinta años desde su entrega, tiempo más que suficiente para dar fin al empeño. Pero el 19 de junio de 1894, el Coronel Jefe del Depósito de la Guerra informaba a su Ministro que si bien existían en su archivo los documentos reclamados, no se estimaba conveniente proceder a su devolución porque, por aquellas fechas, el General Don José Gómez de Arce se encontraba realizando su magna *Historia de la Guerra de la Independencia*, cuyo último tomo sería editado en el año 1903, y que esa colección de documentos era fuente obligada de consulta para su consecución.

No obstante, el 30 de junio se ordenó la devolución de los documentos, por orden de la Reina Gobernadora, y se especificaba que sirviera de base para la devolución los recibos que anteriormente se entregaron al Marqués de la Romana.

¿Se cumplió esa orden? Lo extraño es que el 23 de enero de 1935, el Subsecretario del Ministerio de la Guerra repitiera el escrito anterior, sin especificar la razón de ese documento, a no ser que hasta entonces no se hubiera dado cumplimiento a la orden de la Reina María Cristina.

Los anteriores documentos citados proceden del Archivo General Militar de Segovia, expediente personal del Marqués de la Romana, excepto la carta de la viuda de Don Pedro Caro, que se encuentra en el Archivo Nacional, Sección de Diversos-Colecciones, 128, N.º 49. Es precisamente en esa Sección de Diversos donde se acumulan centenares de documentos que hacen referencia al Marqués de la Romana, pero con el mismo desorden y discontinuidad que refería su viuda, mezclados con otros muchos de las campañas de Italia del Marqués de la Mina e incluso con otros de la Primera Guerra Carlista. Todos ellos recogidos como procedentes del Depósito de la Guerra, entre ellos el *Catálogo de los Documentos entregados por el Marqués de la Romana*, que lleva la fecha de 23 de agosto de 1864.¹

Pero debemos seguir con el rastro de los papeles del Marqués de la Romana, porque en el Archivo Histórico Militar de Madrid² existe otro catálogo de documentos entregados por el Marqués de la Romana a la Capitanía de Baleares el 20 de mayo de 1865, en el que se hace referencia tanto a las campañas en los Pirineos Occidentales como a algunos datos de la expedición a Dinamarca.

¹ A.H.N. Diversos-Colecciones, 203, N.16.

² Colección Duque de Bailén. Caja XXXIV. Carpeta 16.

El General Zarco del Valle, Ministro de la Guerra de 1833 a 1834 e Ingeniero General del Ejército de 1843 a 1854, encargó en 1845 al entonces Coronel Aparisi la redacción de la biografía del Marqués de la Romana. Pero este insigne escritor militar no pudo satisfacer los deseos de su jefe y amigo, pues en aquellas fechas el Marqués de la Romana se encontraba en Italia y su casa de Palma de Mallorca llevaba seis años cerrada. En contacto con su apoderado informa del mal estado de su biblioteca, formada por 32.000 volúmenes, que acabaría perdiéndose en un naufragio. La petición de Zarco del Valle se encuadraba en el propósito de dar a conocer la vida y los hechos tanto de Romana como de Urrutia, ambos Ingenieros Generales del Ejército, como lo fueron también Zarco y Aparisi.

Más tarde, en 1854, se interesó por la redacción de su biografía el General Don Fernando Fernández de Córdoba, que fue Ministro de la Guerra con Isabel II, con Amadeo de Saboya y con la I República, y que solicitó del de Marina su Hoja de Servicios, que no fue hallada. Ha habido pues un intento prolongado a lo largo del siglo XIX de redactar esta biografía que ahora acometo.

Después han frecuentado los artículos, algunos de apreciable extensión, publicados en las revistas militares, casi siempre centrados en la expedición a Dinamarca, mientras que las otras acciones de Don Pedro Caro se encuentran diluidas en las obras generales sobre las Guerras del Rosellón, de la Independencia o en las dedicadas a la guerra en Extremadura o Galicia durante esta última. Su breve biografía, tanto la escrita por Vober i Roselló en su obra *Varones ilustres de Mallorca*, como la realizada por Martínez Guitián, me han servido de guía para la investigación en los archivos.

Pretendo que los elogios a su persona surjan del relato de los hechos y que estos hechos estén basados en el examen de los documentos disponibles. No es necesario inventar o falsear nada para resaltar su figura, es la verdad lo que le honra.

Quiero cerrar este capítulo con el juicio que su persona le merece al General y Académico Don José Gómez de Arteche:³ «Era hombre el Marqués de la Romana de ideas muy levantadas, enemigo ardientísimo de Francia, aún habiéndose educado en ella, sin duda por conocerla y por haber combatido con fortuna y gloria en la última campaña, denominada generalmente de la República. Apasionado por lo antiguo, con el mismo ardor con que se entregaba a la lectura de los clásicos, había procurado adquirir la resistencia corporal y las dotes que distinguían a los grandes hombres de los tiempos heroicos; siendo esto quizás el origen de las singularidades y de la distracción que sus contemporáneos le achacaban. Ilustrado, valiente y generoso, la bondad y llaneza con que a todos trataba permitían a su lado influencias que en ocasiones podían debilitar su autoridad y hasta comprometer su fama, tan sólidamente cimentada de

³ E.M.C. *Campañas de los Pirineos a finales del siglo XVIII*. T. IV. Pág. 187.

su patriotismo. Cuando llegase una época de crisis suprema, de esas en que la menor perplejidad mata una causa y produce la ruina de una reputación, el Marqués de la Romana, como el León dormido en la confianza de su fuerza, sacudiría la indolencia a que tan frecuentemente se inclinaba, rompería las trabas con que el miedo y la ignorancia pretendían contener sus nobles instintos y despreciando las amenazas con los halagos, se decidiría a las resoluciones más arriesgadas y patriotas...».

No, no creo que Romana fuese muy indolente: dejar hacer a los subordinados también forma parte del buen mandar. Para mí, Romana destacará por su prudencia. En Dinamarca, eligió el momento oportuno; los impacientes del Regimiento de Asturias fueron hechos prisioneros por los franceses, como lo fueron también los jinetes del Regimiento del Infante que esperaron demasiado; la prudencia seguiría rigiendo sus decisiones durante la Guerra de Independencia, situándose entre el principio de dispersión de esfuerzos, que rige las actuaciones irregulares de las guerrillas, y el de concentración de medios, que gobierna a los Ejércitos. Por eso sus Divisiones estarán siempre empeñadas en acciones independientes, asegurando así la amenaza constante sobre el enemigo sin arriesgar todas sus tropas reunidas en condiciones de inferioridad frente a los Ejércitos franceses. Eludir una derrota general es también una decisión sabia y prudente.

Cuando Romana llegó a España, le concedieron el mando de un Ejército deshecho y diezmado por la derrota, descalzo, desnudo y desarmado. A duras penas lo reorganizó y entonces se vio abandonado por los ingleses de Moore frente a las fuerzas de Soult y Ney. Reunió sus tropas entre Galicia y León y hubo de dejarlas para integrarse en la Junta Central. Volvió a mandar ese Ejército de la Izquierda a principios de 1810, otra vez diezmado por la derrota de Alba de Tormes, por el hambre, las desertiones y las enfermedades que había sufrido en su refugio de la Sierra de Gata. Menos de un año a su frente hasta su muerte en Cartaxo. Siempre en su pensamiento, y en la correspondencia con sus subordinados, el recuerdo del Cónsul Fabio, que salvó a Roma después de la batalla de Cannas, sin que nunca arriesgara la suerte de su Ejército frente a Aníbal.

I. AÑOS DE FORMACIÓN

1. PRIMEROS PASOS

«Don Pedro Caro y Sureda, Maza de Lizama, Cornel, Luna de Aragón, Fontes Veven-
gut, Carrillo y Albornoz, Roca y Ruiz, Valero, Fortún y Togores... III Marqués de
la Romana, Vizconde de Benesa, Barón y Señor de las Villas de Moscente, Novelda
y Castillo de la Mola, Casas y Estados de Maza en el Reyno de Valencia, Señor de
las Cavallerías de Lloró y San Juan de Sonorreosa en la isla de Mallorca, Grande de
España, etc». Su larga tarjeta de visita.⁴

Su partida de bautismo dice así:⁵

Miguel Cantallops, Archivero del Archivo de la Curia Eclesiástica de Mallorca. Certi-
fico y doy verdadero testimonio como en el folio 32 del Libro de Bautismos de la Iglesia
Parroquial de Santa Cruz, que comprende los años desde 1760 hasta 1767, reservado en
dicho archivo, consta la partida siguiente:

A los dos días del mes de Octubre de mil setecientos y sesenta y uno el Ilmo y Rmo
Señor Don Lorenzo Despuig y Cotoner, Obispo de Mallorca. En esta iglesia Parroquia
de Santa Cruz de esta ciudad de Palma Capital de Mallorca, bautizó a un niño que nació
oy a las tres de la mañana hijo legítimo del Noble Señor Don Pedro Caro, Maza de
Lizama, Fontes, Carrillo de Albornoz, Señor y Barón de las Villas de Moxente, Novelda
y Castillo de la Mola, Casa y Estados de Maza, Caballero de la orden de Montesa y San
Jorge de Alfama, Vizconde de Benesa, Marqués de la Romana, Brigadier de los Reales
Ejércitos y Coronel del Regimiento de Dragones de Batavia, y de la noble Señora Doña
Margarita Melchora Thomas, antes Sureda, Togores, Fortuna y Salas. Consta le puso
por nombre Pedro, José, Angel, Melchor, Joachim, Antonio de Padua, Ignacio, Luis,
Buenaventura, Thomas, Raymundo, Domingo, Bruno, Francisco de Paula, Vicente,
Pascual, Carlos, Diego, Jayme, Pablo, Antonio Abat, Juan, Francisco Xavier, Francisco
de Borja, Gabriel, Miguel, Rafael, Agustin, Jerónimo, Phelipe. Fueron Padrinos el
Excmo. Sr. Don Jaime de Togores, Conde de Ayamans de la Parroquia de Santa Eulalia
y Doña Catharina Togores de esta Parroquia Iglesia.

⁴ A.H.N. Estado. L. 42A.

⁵ A.G.M. Expediente personal del Marqués de la Romana.

Después, la niñez en su Palma natal. Pero el 17 de mayo de 1771, cuando Don Pedro contaba con once años de edad, su padre pidió autorización al Rey para enviarle junto con su hermano José a estudiar al extranjero.⁶ El Centro elegido fue el Colegio de La Trinidad de Lyon, regido por el Oratorio de San Felipe Neri.

En las escuelas del Oratorio se encontraban alumnos de muy distintas clases sociales. Los había pertenecientes a los niveles más bajos de la sociedad, niños abandonados y delincuentes juveniles, a la vez que otros pertenecían a las clases más aristocráticas y adineradas. Estudiaban gramática, latín, rudimentos de geografía e historia, aritmética y álgebra elemental, además de una formación religiosa muy estricta. Los jóvenes procedentes de las clases más humildes recibían también una formación profesional que les facilitaría su inserción laboral a la salida del Centro.

El 26 de junio de 1775, su padre solicitó el ingreso de su hijo en el Colegio de Guardiamarinas de Cartagena. La petición al Rey decía así:⁷ «El Marqués de la Romana, Mariscal de Campo en el Ejército que manda el Teniente General Conde de O'Reilli, a los pies de V.M. con el mayor respeto dice: Que sus hijos Pedro de edad 13 años y Joseph de 10, que con licencia de S.M. están educándose en el Colegio de la Trinidad en León de Francia, le han escrito que quieren servir en la guerra i un criado escribe que desde que han sabido el destino de su Padre no hablan de otra cosa que de ir, i receloso de que tomen esta resolución antes de tener correspondiente fuerzas i alguna instrucción para ser útiles con el objeto de sujetarles sin afligirlos.

A V.M. suplica se sirva mandar se le sienta plaza en la Compañía de Guardias Marinas en que empezó a servir el suplicante o bien en el Cuerpo que sea del agrado de S.M. sin sueldo y con orden que subsistan por ahora en el colegio en que están o bien en la Universidad de Salamanca a continuar sus estudios bajo la dirección de su Maestro de Escuela D. Joseph Cazerez. Esta gracia pide Señor para mejor sujetarles y conseguir el intento de presentarles a V.M. cuando los halle capaces de poder servir bien. En el Jabeque Lebrél que manda Don Antonio Barceló a la vela sobre Cabo de Palos a 26 de Junio de 1775».

En otro escrito dirigido al Secretario de Estado de la Guerra, el II Marqués de la Romana recordaba que cuando las operaciones de Orán él estaba estudiando Leyes en Valencia, que le pidió permiso a su padre para ir a la guerra y que, como no se lo concedió, se escapó de casa. Temía que la historia se repitiese. Decía así al Conde de Riela:

Mui Señor mío: Cuando se preparó la expedición de Orán el año 32 estudiaba yo el derecho en Valencia de edad 15 años; quise dejar los cartapacios por las armas i no consintiendo mi padre, me escapé de casa; para precaver de que mis hijos no me imiten

⁶ Simancas. Secretaría de Guerra. Expedientes personales. L. 47.

⁷ Simancas. Secretaría de Guerra. L. 4.775.

i procurar que menos ignorantes que yo puedan ser útiles: Ruego a V.E. haga presente al Rey el memorial adjunto inclinando el Real ánimo a que me conceda la gracia que pido. Me repito a la disposición de V.E. con deseos de complacerle y servirle.

En el jabeque Lebrel a la vela en derrota de la rada a la subida para hacer salir todas las embarcaciones del Comboy. A 26 de Junio de 1775.⁸

El Rey se lo concedió, pero se condicionó su ingreso a su vuelta de Francia. La aprobación de S.M. decía así:⁹

En atención a los méritos y circunstancias del Mariscal de Campo Marqués de la Romana y a su instancia ha venido el Rey en conceder plazas de Guardias Marinas a sus dos hijos Don Pedro y Don José Caro, y manda que sin embargo de hallarse estos y desean subsistir estudiando en el Colegio de la Trinidad de León en Francia, se les formen asiento en las listas de la Compañía y en los oficios de marinos en su departamento sin abonarles el prest ni demás goces hasta que se presenten a servir sus plazas y de orden de Su Majestad lo participo a V.S. para su inteligencia y que disponga su cumplimiento. Dios guarde a V.S. Madrid 7 de Junio de 1775. Sr. Don Francisco Winthuysen.

Regresó a España el futuro III Marqués de la Romana, pero para ingresar en el Seminario de Nobles de Madrid, tras la muerte de su padre en combate, el 14 de enero de 1779 durante la desgraciada expedición a Argel. Su madre presentó las pruebas de nobleza que se exigían para su ingreso.¹⁰ Fueron testigos de estas pruebas el Conde de Almenara y el Marqués de Llanera. Cumplido este trámite, Don Pedro ingresó en el Seminario el 11 de octubre de 1776, cuando contaba 15 años, y allí permaneció, junto con su hermano José, hasta el 17 de octubre de 1778.¹¹ Se debía ingresar entre los siete y los 12 años, pero los padres podían ingresarlos y retirarlos cuando quisieran.

El Seminario de Nobles fue fundado por Felipe V en 1725 y había sido regido por los jesuitas hasta 1767. Constituía un centro preparatorio para el ingreso en la administración real y en la carrera de las armas. Después de la expulsión de los jesuitas, uno de sus Directores fue el ilustre marino y científico Jorge Juan, pero en 1775 el Director era otro insigne marino español, que en su correspondencia con el ministro Roda expresa continuamente su inquietud por fomentar los conocimientos científicos de sus alumnos, a los que preparaba para su ingreso en la Marina de Guerra.¹² Las asignaturas

⁸ Simancas. Secretaría de Guerra. L. 4.775.

⁹ I. de H. y C.N. Sección de Marina. Año 1775.

¹⁰ A.H.N. Universidades, 663. Exp. 40.

¹¹ A.H.N. Universidades. Libro Registro de Seminaristas. L. 1.304F.

¹² PESET, José Luis: *Ciencia, Nobleza y Ejército en el Seminario de Nobles de Madrid*.

que allí se estudiaban eran matemáticas, física, astronomía, historia Natural, historia universal y de España, historia sagrada, latín, francés inglés, arquitectura militar... Es muy difícil imaginar que dada la juventud de los alumnos pudieran estos alcanzar un alto nivel de conocimientos.

El 7 de octubre de 1778 ingresó en la Escuela de Guardiamarinas de Cartagena,¹³ como cumplimiento a una Real Orden de 11 de septiembre del mismo año. No hay pues solución de continuidad entre su salida del Seminario de Nobles y este ingreso que diera cabida a su paso por la Universidad de Salamanca, como establecen algunos de sus biógrafos. Muerto su padre al frente de su Regimiento de Dragones durante la desgraciada Expedición de Argel de 1775, el 14 de enero de 1779 Don Pedro presentó en la Escuela el título de Marqués de la Romana que S.M. le había otorgado por fallecimiento de su progenitor.

En los exámenes de la Escuela obtuvo las siguientes calificaciones:¹⁴

Aritmética, el 23 de noviembre de 1778: más que suficiente.

Geometría, el 6 de febrero de 1779: más que suficiente.

Cosmografía, el 11 de marzo de 1779: sobresaliente.

Navegación, el 20 de junio 1779: suficiente.

Dentro de la Compañía de Guardiamarinas, embarcó en el jabeque *El Mallorquín* el 23 de junio de 1779, ascendiendo a Brigadier (un empleo escolar) el 15 de noviembre del mismo año. Por último, fue promovido a Alférez de Fragata el 3 de julio de 1780, dando así comienzo a su carrera como oficial de Marina. Esa carrera discurre de la siguiente forma:¹⁵

El 16 de septiembre de 1781 ascendió a Alférez de Navío.

El 17 de septiembre de 1782, a Teniente de Fragata.

El 21 de diciembre de 1783, a Teniente de Navío.

El 1 de marzo de 1791, a Capitán de Fragata.

El 20 de septiembre de 1793 se incorporó al Ejército de Tierra, Arma de Infantería, inicialmente con el mismo empleo.

Los primeros años de su carrera como oficial de Marina coinciden con la Guerra frente a Inglaterra, iniciada en julio de 1779, cuyos principales sucesos serán el sitio de Gibraltar y la reconquista de Menorca. Después de salir de la Escuela de Cartagena,

¹³ I. de H. y C.N. Expediente de Don Pedro Caro.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ I. de H. y C.N. Mayoría General de Marina. Cádiz.

Romana navegó en los navíos *San Juan Bautista* y *San Isidoro* hasta junio de 1780, en que fue nombrado ayudante del Mayor General de la Escuadra de bloqueo de Gibraltar, el entonces Capitán de Navío Don Ventura Moreno. El 4 de agosto de 1780 embarcó en el jabeque *San Blas*, perteneciente a la flota mandada por el Jefe de Escuadra Barceló, que llevaba a cabo el bloqueo inmediato del Peñón para impedir su aprovisionamiento por embarcaciones menores marroquíes, pero poco después pasó al navío *San Francisco de Paula*, en la flota del Marqués del Socorro. Quizá necesitemos una explicación. En aquel sitio de Gibraltar hubo tres acciones diferenciadas de nuestra Marina de Guerra: hubo una flota de embarcaciones menores compuesta de jabeques y lanchas cañoneras (los jabeques eran embarcaciones menores, de tres palos y velas latinas, dedicados a tareas de guardacostas) que mandaba el Jefe de Escuadra Barceló, surta en la bahía de Algeciras y puntos próximos.

En segundo lugar, en Cádiz se encontraba una Escuadra formada por 11 navíos y dos fragatas, mandada en principio por el Teniente General Marqués del Socorro, Capitán General de Andalucía, a quien relevó el Almirante Córdoba, y que contó con el refuerzo de una escuadra francesa. Esta Escuadra tenía la misión de impedir el refuerzo de Gibraltar por la flota inglesa, empeño en el que fracasó, porque el Almirante Howe logró introducir sus buques de transporte el 15 de octubre de 1782. Después llegará la batalla del Cabo San Vicente, en la que el Almirante Rodney, al frente de 21 navíos, había vencido a la flota de 11 navíos de nuestro Almirante Lángara.

En tercer lugar figurarán las «baterías flotantes» a las que nos referiremos más adelante.

Pero en medio de las operaciones de sitio de Gibraltar se produjo la reconquista de Menorca. La expedición que la llevó a cabo partió de Cádiz el 21 de julio de 1781. La componían 73 buques de transporte y una escolta de 21 navíos, mandados por el Almirante Don Ventura Moreno, mientras el Duque de Crillon tenía el mando de los 12.000 hombres que constituirían la fuerza asaltante. Hay dos datos que confirman la presencia de Romana en la expedición: en uno de los documentos facilitados por el Instituto de Historia y Cultura Naval se afirma «hallarse destinado en los buques de Mahon en el navío *San Rafael*». Este documento carece de fecha.

El 19 de agosto de 1781 desembarcaron las tropas españolas en cala Mesquida, en la costa oriental de la isla, y a la mañana siguiente en cala Alcaufá. Eran unos 10.000 hombres. Los ingleses se replegaron al castillo de San Felipe mientras los españoles preparaban el sitio en regla de la fortaleza, cavando líneas de trincheras y estableciendo baterías. No hubo asalto ante la superioridad de fuegos españoles; los ingleses capitularon el 4 de febrero de 1782 y 13 días más tarde, el Marqués González de Castejón comunicaba al Almirante Don Luis de Córdoba lo siguiente:



«El General Cassinello se adentra en las maniobras de los ejércitos al mando del Marqués de la Romana cuando están destinados en Dinamarca, auxiliando al ejército francés. Es el tiempo de la astucia, de las dobles palabras, de las maniobras militares evasivas que conducen a las tropas españolas de la cooperación al enfrentamiento, pero con el menor número de pérdidas posibles.

Posteriormente, después de que las tropas logren en su mayoría reintegrarse a España y participar en el esfuerzo común para liberar el territorio de las tropas francesas, —especialmente en Extremadura, Castilla, Galicia y Asturias— el General Cassinello describe la participación de esas fuerzas en la guerra de la Independencia, que es profundamente diferente de lo que han tenido que hacer en Dinamarca. Unidas al ejército regular, a las guerrillas y a las milicias levantadas por las diferentes Juntas territoriales, las tropas al mando del Marqués de la Romana tienen que hacer otras cosas.

Describe sus maniobras, sus huidas para no tener que enfrentarse con ejércitos más numerosos y mucho mejor dotados; sus tácticas de dispersión y distracción. Son sus descripciones las de un experto observador desde la distancia. Pero nos está abriendo la posición privilegiada de un conocedor de la guerra y nos está ofreciendo su narración en apariencia neutral sobre lo que es necesario hacer adaptándose a las posibilidades en cada ocasión, explicándonos una guerra diferente a la que conocemos y describiendo como el Marqués de la Romana que dirigía en Dinamarca un cuerpo Español expedicionario de élite se tiene que acomodar a los pocos recursos que ponen a su disposición desde la dirección política de la guerra».

DIEGO DE ALCÁZAR SILVELA
Marqués de la Romana

